



**AGENTE FRANCISCO
CONTRA LOS
PREJUICIOS:
UN GITANO EN LA
POLICÍA NACIONAL P70**



5 Octubre, 2015

«¿Qué hace un gitano vestido de uniforme?»

Eso es lo que se preguntaba Francisco de chaval, cuando aparcó su vocación por considerarla irrealizable. Lo corrigió a tiempo y hoy anima a los niños de su comunidad a perseguir sus sueños

:: CARLOS BENITO

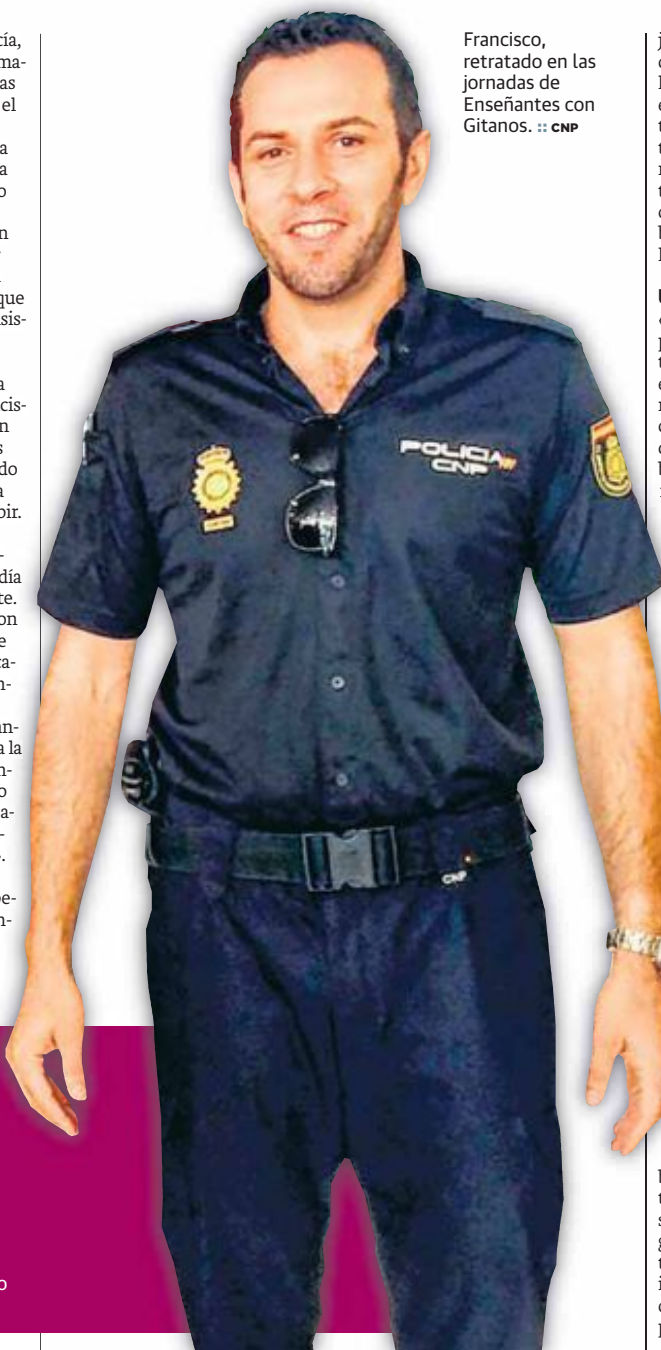
Los primeros prejuicios que tuvo que superar Francisco para llegar a cumplir su vocación fueron los suyos propios. Este agente de la Policía Nacional colabora habitualmente con los grupos de participación ciudadana del cuerpo, para contar a los niños gitanos en qué consiste su tarea, ofrecerles un modelo positivo y, tal vez, animarles a buscar un futuro en las fuerzas de orden público. Nadie ha tenido que explicarle la importancia de estas sesiones, porque a él mismo le habría venido muy bien una iniciativa similar cuando era niño. Entonces, la idea de ser policía le parecía tan atractiva como simplemente irrealizable: «Siempre me llamaron mucho la atención las fuerzas y cuerpos de seguridad, la función que realizan, el sentirse útil y ayudar a los demás, pero para mí eso era como soñar: ¿qué iba a hacer un gitano vestido de uniforme?», recuerda que pensaba entonces.

Francisco creció con sus cinco hermanos en la barriada de La Isleta, en Las Palmas de Gran Canaria, en una de esas casas donde se reubicaba a las familias sin recursos. «Tanto mi padre como mi madre son gitanos y mi familia es la tradicional gitana, de esas que hacen los mercadillos, que jamás fueron al colegio, que tienen las costumbres arraigadas y sacaron adelante a sus hijos con muchísimo sacrificio. Yo soy el pequeño y pude terminar el bachillerato, un privilegio que mis hermanos no tuvieron, ya que empezaron a trabajar muy tempranamente». También él, tras arrinconar como fantasías infantiles sus

aspiraciones de entrar en la policía, empezó a dedicar los fines de semana a la venta ambulante, mientras de lunes a viernes iba sacándose el jornal en distintas empresas.

El punto de inflexión le llegó a los 25 años, cuando se dio cuenta de que él mismo se había cortado las alas. Por un lado, los empleos que tenía le daban para vivir bien pero le dejaban insatisfecho; por otro, cada vez que se encontraba con viejos compañeros de clase que se habían metido a policías, le insistían en que se animase a dar el paso, porque nada se lo impedía. Los padres, tan importantes para un gitano tradicional como Francisco, le proporcionaron el empujón decisivo. «Para mí, han sido ellos los modelos: ya mayores, él nacido en la posguerra y ella, una gitana que no sabía apenas leer ni escribir. Pero supieron hacer de sus hijos personas sacrificadas y responsables, nos enseñaron lo que se podía conseguir trabajando dignamente. Fueron los que más me motivaron y me apoyaron». Tras dos años de estudio, en 2007 ingresó en la academia de la Policía. «Mi vida cambió -asegura-. De mi trabajo me gusta todo, desde el primer instante de ponerme el uniforme hasta la última intervención que hago antes de volver a casa. No lo cambio por nada. Mira que es bonita la palabra orden: yo soy agente del orden. ¡Joder, qué bien suena eso!».

Hace un par de semanas, a Francisco le correspondió una pequeña cuota de celebridad, cuando la cuenta oficial de la Policía Nacional difundió en las redes sociales su participación en las



Francisco, retratado en las jornadas de Enseñantes con Gitanos. :: CNP

jornadas de la ONG Enseñantes con Gitanos. Aunque también hubo comentarios alentadores, entre las numerosas respuestas al tuit abundaban los chistes con distintos grados de carga ofensiva. Lo más leve eran reacciones como 'gitano y se hace policía, vaya chaquetero', en referencia a la proverbial enemistad de su cultura con las fuerzas del orden.

Un orden que no existía

«Tradicionalmente hemos sido un pueblo reprimido, no solo en cuanto a movimientos sino también en el ámbito de la educación y en el mundo laboral. Quizás en otra época los gitanos no eran amigos del orden sencillamente porque no había orden en nuestro país. Ahora tenemos acceso a la educación, al trabajo, a las ayudas sociales, a la integración social, y si somos amigos del orden, porque tenemos ese orden llamado democracia. Quien delinque hoy no tiene justificación, sea gitano o no», argumenta Francisco, que actualmente tiene 36 años y está destinado en Madrid.

Algo así le explica también a los niños que acuden a los encuentros con él. «Les digo palabras motivadoras que no son inventadas: que sin educación no hay progreso; que no hay que dejar de ser gitano, porque es compatible con poder estudiar; que las limitaciones solo existen en nosotros y que nada ni nadie nos impide el llegar donde queramos», enumera. ¿Y qué le preguntan los chavales, que a lo mejor comparten aquellas dudas que albergaba él de niño? «Todas las preguntas importantes van relacionadas con la compatibilidad de llegar a algo y seguir siendo gitano, con los miedos a que los excluyan por su condición cultural y también a perder nuestras costumbres. Yo les digo mi realidad: soy gitano, mi mujer es gitana, mis hijos seguirán teniendo las costumbres gitanas y mi entorno es mi familia, todos gitanos. Y allí donde haya que ir, iré, y donde estemos, habrá orden. Ese es el trabajo de un gitano policía».

LA SITUACIÓN ACTUAL

Educación. Según los datos que maneja la Fundación Secretariado Gitano, sigue existiendo «una gran brecha educativa» entre la población gitana y el resto de los españoles, aunque el avance ha sido enorme en treinta años. El 64% del alumnado gitano de entre 16 y 24 años no concluye los estudios obligatorios, frente al 13% del

conjunto.

Empleo. Solo el 38,5% de las personas gitanas con trabajo son asalariadas, frente al 83,6% del conjunto de los españoles. El 61% de los ocupados se dedica al comercio, una proporción que multiplica por cuatro la registrada en la población general. La tasa de paro gitano era del 36,4% en 2012.